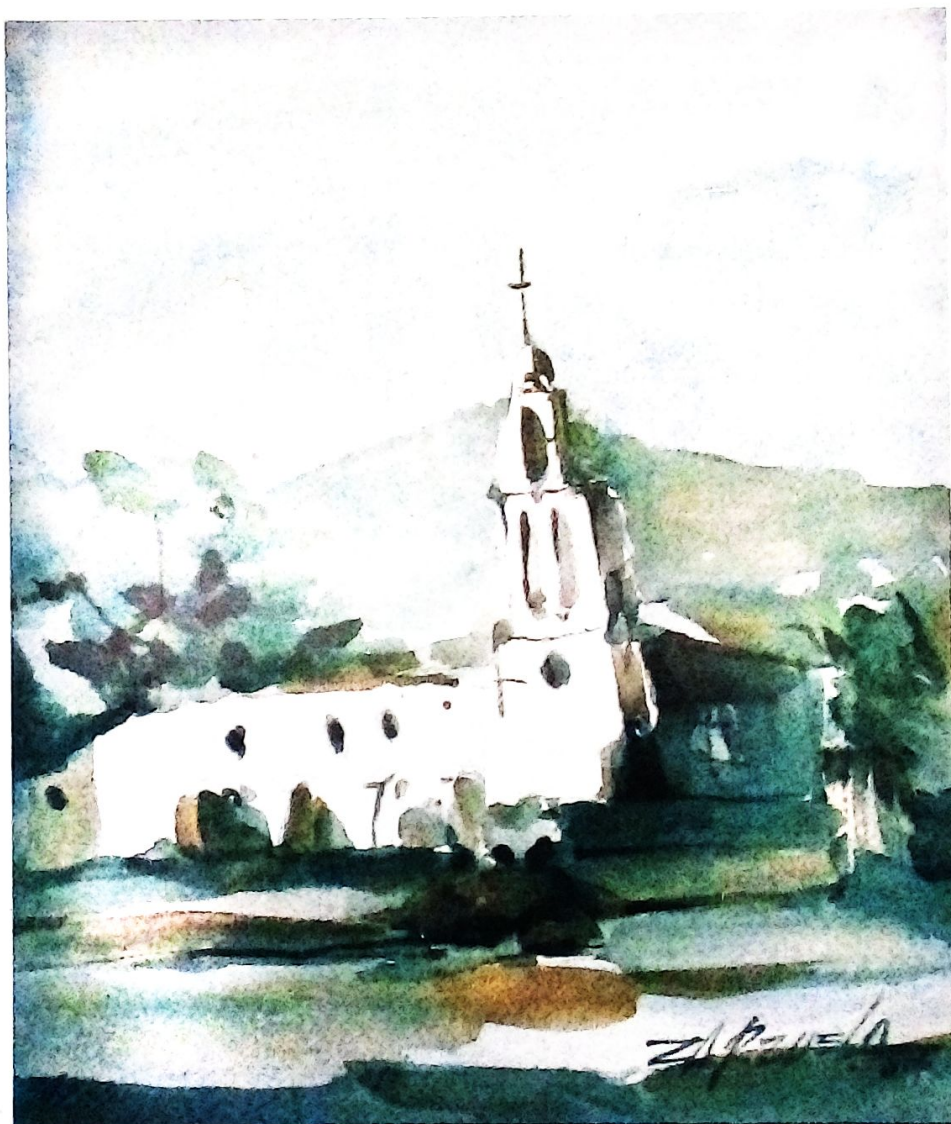




D.L. 5 - 3 - 63 - 10

ISSN 2219-0376



Juan Gelman • Lupe Cajías • HCF Mansilla • Illan Stavans • Gaby Vallejo • Gastón Bachelard  
Adolfo Costa du Rels • Manuelo Moledo • Anahí Garvizu • Jörg Häntzschel • Eliodoro Camacho

**LA PATRIA**  
SUB-DECANO DE LA PRENSA NACIONAL

suplemento orureño de cultura

año XXIII n° 569 Oruro, domingo 15 de marzo de 2015





Iglesia, acuarela de 20 x 30 cm.  
Erasmio Zarzuola

## Sé que voy a escribir cuando...

Algo me preocupa demasiado, no sé qué es, escucho un ruido en la oreja y me pongo de mal humor. La comida sabe a distraída y el trago no interesa. El cuerpo espera otra cosa de mí. Es noche, miro la máquina de escribir, la rondo pero no me atrevo todavía. La noche es propicia para los poetas y los ladrones. Muchas de las cenizas que agrisan el alba se debían al poeta: quiso robar fuego de las palabras. La poesía es palabra calcinada. ¿Qué espera el cuerpo tendido como una cuerda para dividir el día en dos? ¿El día de todos los días y el otro, el día de la noche?

Juan Gelman en: *Líneas de fuga.*



**el duende**  
director: luis urquieta m.  
consejo editor: benjamín chávez c.  
erasmo zarzuola c.  
coordinación: julia garcía o.  
diseño: david jllanes  
casilla 448 telfs. 5276816-5288600  
elduende@zofro.com  
lurquieta@zofro.com

[www.lapatriaenlinea.com.bo/elduende](http://www.lapatriaenlinea.com.bo/elduende)



El Duende no mantiene correspondencia obligatoria de publicación con colaboraciones no solicitadas; tampoco comparte necesariamente las ideas expresadas por sus autores.

## ¿Queremos ser focas?

\* Lupe Cajías



Los antiguos libros de zoología y los modernos documentales nos muestran a las focas a orillas del mar, en el extremo del planeta, pegadas a las rocas y con sus aletas viscosas. Unas a otras se aplauden como un acto casi mecánico, acercan las puntas de las extremidades y las mueven frenéticas: ¡clap!, ¡clap!, ¡clap!

¿Reflexionan antes de tocarse? Probablemente no. La razón y el lenguaje que permite comunicar pensamientos y no sólo necesidades instintivas están reservados para el ser humano.

Sin embargo, parece creciente una oleada que recorre Bolivia en los últimos años para convertirnos a hombres y mujeres en focas. Hay que aplaudir lo que opina la mayoría o lo que dice el poderoso, sin espacio a ejercer la libertad de pensamiento, la libertad de gusto, la libertad de palabra.

Cuando me oponía al enfoque represivo de la Ley contra el racismo y toda forma de discriminación, lo hacía desde una posición consciente pues era muy posible imaginar el futuro: ¡la condena a todo lo que se considere fuera del discurso oficial! Pronto se dieron ejemplos absurdos como el proceso contra una conductora de TV.

Estos días la víctima fue uno de los mejores músicos bolivianos que se atrevió a ejercer su derecho a opinar y, ¡peor aún! a difundir sus conocimientos de poesía, composición, acordes. Cometió el pecado de alejarse de las focas, mirar el horizonte y expresar una idea, una idea, que ahora parece prohibida porque navega contra corriente.

Cientos de comentarios patriotericos (no sé cuántos de esos twiteros conocen las orillas del país, su historia musical, sus festivales originarios), amenazas violentas, cercos ciudadanos y un largo etcétera, intentaron silenciar una voz profesional sólo por ser diferente al aplauso de las focas.

Aún hay esperanzas de salvarnos de esta granja orweliana. También cientos de otras voces, esta vez con nombre y apellido y no desde el anonimato, defendieron la calidad del músico y su derecho a opinar.

Lastimosamente, desde el poder se encontró la solución más lamentable: más dinero para el circo, más recursos para competir con un festival que ya está consagrado en el continente y en el mundo. Una oportunidad para que las focas aplaudan a las focas y ganen los premios.

Y la cereza de la torta, un comunicador ahora senador asegura que las denuncias de corrupción contra una dirigente son porque es una mujer de pollera. ¿Cuándo lograremos todos ser seres humanos libre pensantes y liberarnos de esos complejos?

Por lo pronto, gracias padre que me educaste para pensar y para hablar y no para aplaudir como foca, sólo por temor a las pedradas y tomates de las turbas.

\* Lupe Cajías de la Vega. Periodista.  
Movida Ciudadana Anticorrupción





# El corazón pensante

\* H. C. F. Mansilla

Tercera y última parte

Han sobrevivido pocas cartas de Hannah Arendt a Heidegger en este periodo. La manifestación más importante de ese despertar crítico-filosófico es el poema *Sombras*, compuesto por Hannah en abril de 1925. Ella se ve a sí misma como extraordinaria y, al mismo tiempo, como muy vulnerable. Recuerda con intensidad dolorosa la presencia del maestro, pero, muy literariamente, supone que se puede comprender mejor una historia de amor cuando se la transforma en un texto y cuando el presente es convertido en pasado. "Todo sufrimiento", dice Hannah, "se vuelve soportable si se lo integra a una narración". Pero le tomó mucho tiempo, toda una vida, el liberarse de la influencia del mago de las palabras, el campeón de la retórica filosófica, el encantador de serpientes. Aquí hay que añadir, con frialdad racionalista, que este juego presupone siempre la presencia de aquel que quiere ser encantado, arrullado y adormecido por el canto ilusorio del amor y la admiración. Curiosamente en su ensayo *¿Qué es la filosofía de la existencia?* (1948), Arendt llegó a decir que Heidegger era el último romántico y que su completa falta del sentido de responsabilidad se debía a su carácter juguetón (*Verspieltheit*), que, a su vez, provenía de la locura genial y de la desesperación. En un rapto de indignación llegó a afirmar (en una carta de su esposo, Heinrich Blücher) que después de la guerra Heidegger no había cambiado y que todas sus expresiones eran "la misma mezcla de vanidad, mentira y cobardía". Pero en la carta más hermosa y sentida que envió a Heidegger (junio de 1972), Hannah recuerda con nostalgia las décadas del sagrado vínculo y le dice a Martin que él le ha enseñado a leer: "Nadie lee ni ha leído jamás como tú".

El aspecto práctico-cotidiano de esta relación fue la clandestinidad, desde el primer hasta el último día. Nunca vivieron juntos, nunca aparecieron juntos en público. Ella debió sufrir su amarga cuota de humillación, que, según Steiner, estimuló y amortiguó simultáneamente su apetito. En efecto: ella le rogó textualmente que la poseyera como y cuando él deseara. Era la "entrega abnegada a un único", como ella misma admitió. Frente a Heidegger, Hannah se mostró siempre, en sus propias palabras, "gozosa, radiante y libre". En abril de 1928, ya terminada la primera fase del encandilamiento, Arendt concluyó una nota dirigida a Heidegger con una cita de *Elizabeth Barrett Browning*: "Y, si Dios lo quiere, / os amaré aun más después de la muerte".

En 1925 Arendt abandonó Marburgo y continuó sus estudios en las universidades de Friburgo y Heidelberg, donde se doctoró (1928) bajo la tuición de Karl Jaspers, quien se convirtió en el amigo más cercano por el resto de la vida. Era lo opuesto a Heidegger: éticamente intachable, enemigo del nacional-

socialismo, leal, discreto y modesto, siempre dispuesto a ayudar al prójimo. La tesis doctoral de Hannah, titulada *El concepto de amor en San Agustín*, fue indudablemente inspirada por el mago y encantador, pues él le escribió por entonces: "Estar en el amor es estar arrojado a la auténtica existencia. 'Amo et volo ut sis', dijo en una ocasión San Agustín, y yo te amo y quiero que tú seas lo que eres". Está claro que este querer es también una orden: Hannah debe llegar a ser ella misma, pero esta identidad debe estar subordinada al maestro. De este periodo provienen las cartas más interesantes intercambiadas entre Hannah y Martin, epístolas en las cuales se trasluce una intensa preocupación filosófica, combinada con una pasión amorosa a menudo desbordante, sobre todo de parte de Heidegger. Este le va comentando en detalle a Hannah el desarrollo de *Ser y tiempo* y da a entender cómo los conceptos más abstractos están teñidos por los efluvios de un corazón pensante. "Solo en Søren Kierkegaard", dice Steiner, "encontramos algo parecido a esta fusión de espíritu y sexualidad, de juego metafísico y erotismo". Y añade: "De las cartas se desprende una especie de ternura feroz (la expresión es probablemente ingenua, pero no sé de qué otra forma decirlo)".

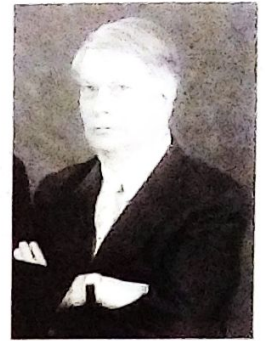
Thomas Wild, en modo más sobrio, calificó este vínculo como una historia de rompiamientos y fases vacías. En febrero de 1950, durante el primer viaje de Hannah a Europa después de la guerra, ocurrió un encuentro entre ella y Martin que también ha ocupado a los literatos. En el "luminoso amanecer" de esta "epifanía", después de más de veinte años sin verse, relata Hannah, Heidegger reconoció "la culpa de su silencio". Pero, para desilusión de Arendt —y del mundo culto—, el silencio no se refería a las implicaciones de Heidegger con el nazismo, sino simplemente a su incapacidad para reanudar el diálogo con la amada después de partir de 1967, nos dice Steiner, floreció de una mane-

ra misteriosa "un tercer periodo de intimidad espiritual. Otoño pero intenso, duraría hasta el final".

Con el paso del tiempo, Hannah, a pesar de que conocía la verdad sobre el oportunismo de Heidegger, se convirtió en el agente literario, la traductora y, ante todo, en la defensora más adecuada del maestro, pues sobre ella no recaía ninguna sospecha de simpatías por el Tercer Reich y el fascismo. Como dije, Arendt nunca conoció la virtud de la modestia, pero se comportó de modo casi servil y humillante frente a su mentor. Cuando Hannah retornaba a Alemania y a los brazos del encantador de serpientes, se convertía de nuevo en la estudiante postrada a los pies del genio. George Steiner describe así esta situación: "Esta fidelidad casi ilimitada, a la que Heidegger debió una gran parte de su rehabilitación, al menos con toda certeza en el mundo angloamericano, es más sorprendente por su unilateralidad. Solo muy poco a poco, y con apenas disimulado disgusto, Martin Heidegger se dio cuenta del alcance de las obras de Hannah Arendt y de la celebridad internacional que la rodeaba. La condición de estrella que ella había alcanzado en los ambientes académicos, los honores que se le dispensaban, especialmente en Alemania, le parecían un poco desconcertantes, e inclusive tal vez ofensivos. ¿No le bastaba con la gloria de servirle a él?".

Según Steiner la correspondencia entre Martin y Hannah se parece a la de Abelardo y Eloísa por el intercambio de poemas. Los de Arendt son flojos, de acuerdo a Steiner, pero los de Heidegger son un prodigio de elegancia y concisión, de belleza estética y de alto contenido filosófico. La creación de expresiones desacomodadas es única y los juegos verbales son espléndidos. A esto no hay nada que agregar.

Mi largo, tedioso y confuso texto tiene dos objetivos muy limitados: rendir homenaje a esa pensadora excepcional que fue Hannah Arendt y demostrar que el amor a un



genio no significa ser esclavo suyo y ni siquiera seguidor de sus ideas. Wolfgang Iser, otro biógrafo de Hannah, señaló que la influencia de Heidegger sobre ella era evidente, pero restringida a la recuperación de la Antigüedad clásica para enriquecer el saber contemporáneo, a la revaloración de la poesía para entender el mundo y al rechazo del determinismo histórico. En la elección de sus grandes cuestiones de estudio, en su estilo literario y en sus convicciones éticas, Hannah siguió caminos propios.

Hace más de cincuenta años escuché en las universidades alemanas conferencias de notables intelectuales, como Karl Jaspers, Carl-Friedrich von Weizsäcker, Richard Löwenthal y Karl Löwith. Eran brillantes oradores, sin duda alguna, y lo que decían era importante y acertado. Pero Hannah Arendt era extraordinaria: parecía que improvisaba, pues hablaba sin ningún manuscrito. Brindaba un discurso muy bien estructurado, con muchos ejemplos concretos y sin perder nunca la conexión con asuntos actuales, por más abstracto que fuese el tema general. Y lo que decía lo expresaba con pasión, a momentos con una fina ironía y frecuentemente tocaba fibras emotivas íntimas. Ella misma se iba entusiasmando al exponer sus ideas y al final lograba el favor del público, aunque a propósito exponía tesis incómodas para obligarnos a reflexionar de forma autónoma. Distanciándose de Nietzsche y Heidegger, aseveraba que la pasión del pensar y la voluntad del poder deben tener siempre un objetivo racional y razonable, y que para ello era indispensable elaborar juicios valorativos bien fundamentados. Con ello anticipaba una crítica a las actuales corrientes relativistas. Aprendió mucho de su maestro, a quien nunca dejó de amar, pero como Aristóteles con respecto a Platón, siempre fue más amiga de la verdad. El corazón pensante sigue siendo, por suerte, un enigma.

Fin

\* Hugo Celso Felipe Mansilla  
Doctor en Filosofía.  
Académico de la lengua



Hannah Arendt y Martin Heidegger



## Frida Kahlo y Benita Galeana, vidas imparalelas

\* Ilan Stavans

Desde su muerte en 1954, la conversión de Frida Kahlo en una figura mítica, sobrepasando aún la estatura de su abnativo esposo, Diego Rivera, comporta una duhna y peligrosa consecuencia: la mujer mexicana de hoy es apreciada a través del distorsionado prisma de su vida y obra. Octavio Paz una vez describió a Kahlo como una "artista fascinante y complicada figura, perseguida por hostiles fantasmas". Y Carlos Fuentes sugería que ella reducía la cultura hispánica a su propio cuerpo, "tan a menudo sacrificado y denegado". Pero uno debe ir más allá: Kahlo hizo un arte de su sufrimiento. Ella usó imágenes para alcanzar una expurgación de su propia alma e, indirectamente, la de su pueblo. Heridas sangrientas, una dividida identidad, una paralizada autocontemplativa: ¿es Kahlo realmente una alegoría de feminidad del sud del Río Grande? Ciertamente no.

El mismo Paz ha escrito sobresalientes páginas en su clásico "El laberinto de la soledad" sobre la feminidad en México. "La mujer mexicana" escribe, "simplemente no tiene voluntad propia".

"Su cuerpo está dormido y solamente vuelve a la realidad cuando alguno la despierta. Ella es una respuesta, más que una pregunta, un vibrante y fácilmente trabajado material que está formado por la imaginación y la sensualidad del macho. En otros países las mujeres son activas, intentando atraer a los hombres a través de la agilidad de sus mentes o de la seducción de sus cuerpos, pero la mujer mexicana tiene una especie de calma errática, una tranquilidad construida sobre la esperanza y la necesidad. El hombre circula alrededor de ella, la corteja, le canta, adiestra su caballo (o su imaginación) para hacer 'caracoles' a fin de complacerla. Mientras tanto ella permanece detrás del velo de su modestia y su inmovilidad. Ella es un ídolo y como todo ídolo es dueña de fuerzas magnéticas cuya eficacia aumenta así como su fuente de transmisión se vuelve más y más pasiva y secreta".

Todo viaje turístico a la ciudad de México revela el impacto de Kahlo en la vida cotidiana. Su retrato está infinitamente reproducido en periódicos, revistas y libros. Reproducciones sobre su arte, compiladas por Hayden Herrera, Raquel Tibol y otros críticos, están desplegadas en supermercados, tiendas de moda y aún en restaurantes. Fotografías de Frida sola y con Diego, su padre Guillermo Kahlo y su amante León Trotsky están disponibles como postales. Imitaciones de sus idiosincráticos vestidos y coloridas vinclus, a la venta, se ha convertido en una corrosiva moda. La pintora sin duda ha atravesado un largo camino desde su



Benita Galeana

rol de pasiva esposa de un notorio muralista, hasta el equivalente mexicano de Marilyn Monroe: un escandaloso símbolo barroco del sexo —la corporización de la mujer mexicana, un llamado a la rebelión, un renovado comienzo feminista.

Y todavía, como parte de las minorías europeizadas que han conducido México desde los tiempos coloniales, Frida Kahlo es puro artificio, un híbrido, una consumada actriz. Ella domina el arte de adaptar ropajes nativos a su laberíntica personalidad y entonces revender el paquete a sus contemporáneos y al mundo entero. Eternamente dividida entre su nativo, maternal lado, y su extranjero, paterno ego, ella fue rechazada por muchos, cuando estaba viva, y otros enemigos emergieron cuando murió. Ellos la acusan de reinventar el ideal de la mujer mexicana, convirtiéndola de una pasiva, secreta transmisión, en un fuego de artificio.

Una auténtica, inimaginable doble de Kahlo, existe bajo el nombre de Benita Galeana, una apasionada activista también estrechamente ligada al Partido Comunista. Ellas comparten el día del nacimiento: 1907 (aunque algunos dicen que Galeana es tres años más joven). Una nació en la capital mexicana, la otra en el Estado de Guerrero. Como testifican las fragmentadas memorias,

originalmente escritos en español, y reimpresas una y otra vez en Hispano América, su camino fue dolorosamente transitado. Benita se transformó ella misma de una seducida y abusada muchacha rural, en una sobresaliente luchadora por la libertad, del sufrimiento anónimo hasta su famosa asociación con José Clemente Orozco, José Revueltas y Fidel Castro.

Junto con Kahlo, a la que Galeana detestaba cordialmente, la nación vecina del Hemisferio Sur, tiene una vergonzosamente corta lista de directas, candidas mujeres, ficticias y de las otras. La lista debe incluir a la Malinche, querida de Hernán Cortés, la poeta Sor Juana Inés de la Cruz, la mujer del Corregidor de Querétaro, José Ortiz de Domínguez, la fotógrafa italiana Tina Modotti, Elena Poniatowska, Jesús Palancares y, naturalmente, la siempre Virgen de Guadalupe. Benita Galeana, sin duda sobresale entre ellos. Su autobiografía es un invaluable documento crucial para comprender el disenso ideológico en México, desde que el Partido Revolucionario Institucional llegó al poder en 1929, un testamento de resistencia y afirmación de mujeres hispanoamericanas a través del siglo XX.

Ninguna vida humana es realmente individual. Nuestros actos son repeticiones y

siguen preconcebidas pautas. La odisea de Galeana no es distinta de la de Dantón y Robespierre, de Martin Luther King, David Ben Gurion, Lech Wałęsa y Rigoberta Menchú. Sus capítulos están marcados por la repentina muerte de su madre, pobreza, el alcoholismo de su padre, sindicalismo y la unión de fuerzas con los trabajadores urbanos, persecución por los regímenes de Pascual Ortiz Rubio y Abelardo Rodríguez, prisiones y torturas. Era todavía una muchacha cuando el cuerpo sin vida de José Guadalupe Posada fue quemado en una fosa común. En esa época ella aprendía sobre las revueltas de Emiliano Zapata y Pancho Villa. Desgraciadamente, hay momentos en que ridiculizaba su pasado.

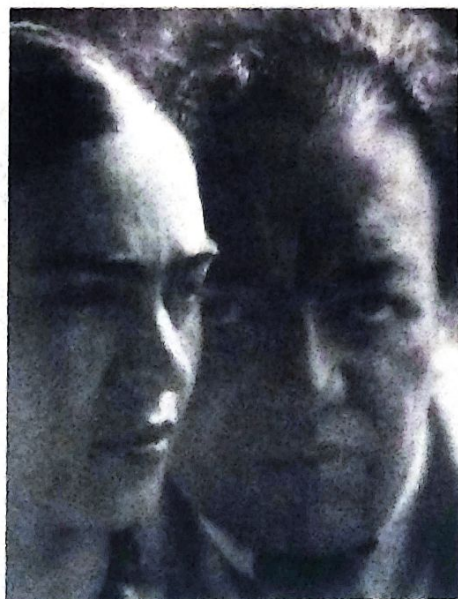
Como adulta, Benita Galeana, repetidamente, hizo la alianza ideológicamente equivocada: se hizo amiga íntima de Orozco, denigró a Lázaro Cárdenas y luego aplaudió a su hijo Cuauhtémoc, besó a su ídolo Fidel Castro en La Habana y, más aún, adoró al General de Panamá Manuel Antonio Noriega.

Junto con Pablo Neruda y muchos otros, Benita Galeana fue parte de una infuusta generación de la izquierda latinoamericana, que vio esperanza en el dogmatismo y utopía en la tiranía. Siguió siendo una devota marxista mucho después de la caída del muro de Berlín y la bulecanización de la Unión Soviética. Pero a pesar de su obcecación, a pesar de su tentación ideológica y sexual y de su miopía, Benita permaneció como un atractivo emblema, debido a su coraje infinito. Por cierto, sus amores marcan una invaluable jornada para las mujeres en México, desde la periferia cultural y política hasta su sede céntrica. No es accidental que el Taller de Gráfica Popular, Carlos Monsiváis, y el cartonista Abel Quezada le paguen tributo. Al contrario del "average" de la mujer mexicana de su era, el cuerpo de Benita nunca estuvo dormido. Ella no fue una respuesta, sino más bien una pregunta y nunca fue moldeada por la imaginación y la sensualidad del "macho" mexicano. La de ella no fue una hierática calma, una tranquilidad hecha a la vez de esperanza y desprecio. Mientras ella se ingenió para sobrevivir a Frida Kahlo por más de cuatro décadas, los logros de Galeana nunca fueron histéricos. Ella puede haberse vestido como una "acateca" o "tehuana", pero sus atuendos nunca fueron parte del manierismo.

Dado nuestra actual insaciable sed por el exhibicionismo, dado la complejidad de la identidad colectiva de México, no es sorprendente para mí que Benita Galeana y No Kahlo, permanezca como la sombra de una figura, como una nota o una advertencia en la historia, (1994).

\* Ilan Stavans. México, 1961.  
Ensayista, lexicógrafo  
y comentarista cultural.

Tomado de "Repertorio Latinoamericano" 200



Frida Kahlo y Diego Rivera



## Las monjas y los ladrones

\* Gaby Vallejo

*Sucesos de América Inspirado en un relato colonial de Concolorcorvo*

Eran los tiempos de la Colonia en América. Para trasladarse de una población a otra, se tenía que alquilar cocheras o caballos.

Un comerciante de ganado que compraba vacas flacas en las praderas de Tucumán, las engordaba para venderlas a buen precio en La Plata y Potosí. Se encontró por su buena o mala estrella con un pícaro ladronzuelo que le cayó muy bien. En cuanto se vieron, se entendieron y con risotadas y tragos, festejaron el encuentro. Al comerciante le gustó la cara de "santo pálido" que tenía el recién llegado y le puso el sobrenombre de "Angelillo" y él, a su vez, viendo el conjunto de granos que tenía el nuevo amigo en medio de la rala barba, le puso el sobrenombre de "Mocho Peludo".

El viaje les salió divertidísimo. Comenzaron a contarse cuentos de curas pícaros y terminaron contando sus propios amores y pillerías. Cuando llegaron a La Plata, estaban molidos de cansancio y muertos de hambre. Se les había agotado la comida. Angelillo que tenía muchas luces en la cabeza cuando se trataba de hacer burlas, derramó en el oído de Mocho Peludo la siguiente proposición:

—Engañemos a las monjitas del convento. Es fácil. Les dices que por una promesa a la Virgen, estás trayendo tu ganado para regalárselo. Yo te ayudo con mi cara de penitente. Ya vas a ver cómo nos van a creer y hacer comer y beber y luego...

Los dos festejaron la segunda parte con risotadas, imaginando los resultados.

La monja que les oyó a la puerta comunicó el recado a la Superiora y ésta, haciéndoles pasar, les llenó de atenciones: huevos cocidos, panes olorosos a canela, dulces higos. Anunció que para la hora de la cena

matarían unas gallinas y habría abundantes postres y buen vino.

—Tan honestos y caritativos hombres, no pueden irse del monasterio sin la bendición de una buena comida —dijo la Superiora, mirándolos como se mira a los santos de los altares. En ese momento, Angelillo tenía la cara más angelical todavía y a Mocho Peludo, parecía crecerle más los pelos de los mochos, de puro orgullo.

Después de haber comido el mismo tope de las tripas, los viajeros pidieron la bendición para retirarse a dormir. Mocho Peludo, con gran arte dijo: —Reverenda Madre, como mañana debemos partir muy temprano le pedimos su bendición para partir con Dios.

Muy ligero Angelillo, con voz de santo

señaló: —Hoy mi amigo dormirá el mejor sueño, libre ya de su promesa y en compañía de su santa bendición.

Se fueron a dormir a la habitación que las monjas les habían preparado, lejos de sus celdas y muy cerca de la puerta de entrada al convento. Allí festejaron mucho tiempo la aventura pasada y la por pasar.

Realmente al día siguiente, partieron muy temprano, pero no solos. Se llevaron todos sus animales.

Cuando las monjas despertaron, los burladores estaban muy lejos festejando la idea y los deliciosos resultados. Angelillo se había robado dos botellas de vino y le mostró a Mocho Peludo con una sonrisa descarada.

Después de un tiempo, decidieron repetir la burla en el convento de Potosí. Y con la misma cara de inocentes, tocaron respetuosamente la puerta. Todo salió igual, a las mil maravillas. Las monjas se admiraron de tanta santidad y sacrificio. Pero, entre las monjas novicias estaba una que había cambiado del convento anterior por un problema de salud. Reconoció a los viajeros. Con mucho miedo contó a la madre Superiora la historia de la promesa. Entonces la madre pensó, pensó hasta que cuajó una idea. Invitó a los visitantes a sentarse delante

de sabrosos manjares. A medida que comían les decía:

—Beban el vino, es de misa. Pocas veces se bebe un vino sano. Salud. Deben estar cansados. Es un vinito que sólo servimos al señor Obispo. Pero tratándose de ustedes, tan santos...

Así les incitaba a beber. Agradecidos por el trato tan amable, bebieron el vino en grandes tragos. Pero no terminaron la cena. Les habían puesto un adormecedor. Pronto estaban roncando en un dúo desigual de ronquidos.

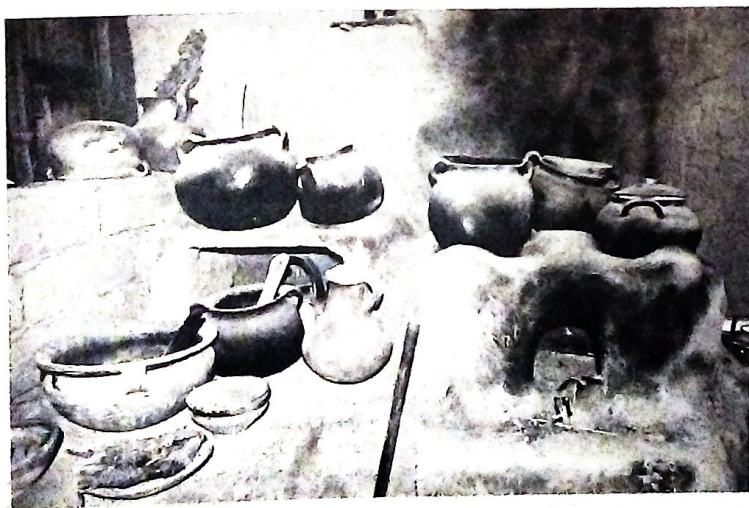
Maniatados y dormidos los encontró la autoridad del lugar. Y no menos sorprendido al ver allí al tan buscado ladrón apodado "Rata Blanca" con su cara sonriente de santo feliz.

Angelillo fue a parar a la cárcel de Potosí. Mocho Peludo tuvo que pagar los gastos de la comida y la bebida realizados en los dos conventos, dejando una res en cada uno, en calidad de pago.

Cuando Mocho Peludo iba faigado por los caminos de la vida, a veces, reía. En el fondo, recordaba con ganas y mucha alegría las aventuras con Angelillo.

**\* Gaby Vallejo Canedo.**  
**Escritora cochabambina.**  
**Académica de la Lengua.**

De su libro "Detrás de los sueños" 1988







## Rilke: El cajón, los

*Gastón Bachelard, uno de los más extraordinarios filósofos modernos de Francia*

Declarábamos que las expresiones "leer un casa", "leer un cuento", tienen su sentido. Podríamos decir lo mismo cuando unos escritores nos dan a leer su cofrecillo. Entendamos que no podemos escribir "un cofrecillo" dando solamente una descripción de geometría bien ajustada. Sin embargo, Rilke nos dice la alegría de contemplar una caja que cierra bien. En los "Cuadernos" puede leerse: "La tapadera de una caja en buen estado, cuyo borde no tenga abolladuras, semejante tapadera no debe tener más deseo que el de encontrarse sobre su caja." ¿Cómo es posible, preguntará un crítico literario, que en un texto tan elaborado como el de los "Cuadernos", Rilke dejara semejante "trivialidad"? No nos detendremos en esta objeción si aceptamos ese germen de ensueño del cierre suave. ¡Y qué lejos va la palabra *deseo*! Yo pienso en el proverbio optimista de mi país: "No hay puchero que no encuentre su tapadera". ¡Qué bien andaría todo en el mundo si el puchero y la tapadera estuvieran siempre perfectamente ajustados!

A cierre suave, apertura suave; queríamos que toda la vida estuviera bien aceitada.

Pero "leamos" un cofre rilkeano, veamos de qué modo fatal un pensamiento secreto encuentra la imagen del cofrecillo. En una carta a Lilianna puede leerse: "Todo lo que se refiere a esta experiencia indecible debe permanecer distante o no dar pábulo, tarde o temprano, más que a los tratos más discretos. Si he de confesarlo, imagino que debería suceder un día como con esas cerraduras imponentes y sólidas del siglo XVII que cubrían toda la tapadera de un arcón, con toda clase de pestillos, pezuñas, barras y palancas, mientras una sola y suave llave retraba todo ese aparato defensivo de su centro más exacto. Pero la llave no actúa sola. Tú sabes también que los orificios de la cerradura de esos cofres suelen estar ocultos bajo un botón o una lengüecilla, los cuales a su vez no obedecen más que a una presión secreta". ¡Cuántas imágenes materializadas de la fórmula!: "¡Sésamo, ábrete!" ¡Qué secreta presión, qué dulces palabras son necesarias para abrir un alma, para distender un corazón rilkeano!

Es indudable que Rilke amó las cerraduras. Pero ¿quién no ama las cerraduras y llaves? La literatura psicoanalítica sobre este tema es abundante. Sería, por lo tanto, facilísimo constituir un expediente. Pero para

el objeto que perseguimos, si pudiéramos en evidencia símbolos sexuales ocultaríamos la profundidad de los ensueños íntimos. Tal vez nunca se siente tanto como en este ejemplo la monotonía del simbolismo conservado por el psicoanálisis. Que en un sueño nocturno aparezca el conjunto de la llave y la cerradura, es, para el psicoanalista, un signo claro entre todos, un signo tan claro que resume la historia. Ya no hay nada que confesar cuando se sueña con llaves y cerraduras. Pero la poesía desborda el psicoanálisis por todas partes.

Convierte siempre el sueño en ensoñación. Y el ensueño poético no puede satisfacerse con un rudimento de historia; no puede anudarse sobre un nudo complexual. El poeta vive un ensueño permanece en el

mundo, ante los objetos del mundo. Amasa universo en torno a un objeto, en un objeto. Hele aquí que abre los cofres, que amontona riquezas cósmicas en un exiguu cofrecillo. Si en el cofrecillo hay joyas y piedras preciosas, es un pasado, un largo pasado, un pasado que cruza las generaciones que el poeta va a novelar. Las gemas hablarán de amor, naturalmente. Pero también hablarán de poder, de destino. Todo eso es mucho más grande que una llave y su cerradura.

En el cofrecillo se encuentran las cosas *involudables*, involudables para nosotros y también para aquellos a quienes legaremos nuestros tesoros. El pasado, el presente y un porvenir se hallan condensados allí. Y así, el cofrecillo es la memoria de lo inmemorial.

Si se aprovechan las imágenes para hacer

psicología, se reconocerá que cada gran recuerdo —el recuerdo puro bergsonian— está engastado en su profecía. El recuerdo puro, imagen que es sólo nuestra, no queremos comunicarlo. Sólo confiamos sus detalles pintorescos. Pero su ser mismo nos pertenece y no queremos nunca decirlo todo. Nada que se parezca aquí a una frustración. Este es un dinamismo torpe. Por eso hay síntomas tan manifestos. Pero cada secreto tiene su pequeño cofrecillo, ese secreto absoluto, bien encerrado elude todo dinamismo. La vida íntima conoce aquí una síntesis de la Memoria y de la Voluntad: aquí es la *voluntad de hierro* no contra el exterior, contra los otros, sino allende de toda psicología de lo contrario. En torno de algunos recuerdos de nuestro ser, tenemos la seguridad de un *cofrecillo* absoluto.



Rainer Maria Rilke





# cofres y los armarios

ia (1884-1962), aborda en su libro "La poética del espacio" los cofres rilkeanos

Pero he aquí que con ese cofrecillo absoluto nosotros también hablamos en metáforas. Volvamos a nuestras imágenes.

\*\*\*

El cofre, sobre todo el cofrecillo, del que uno se apropia con más entero dominio, son objetos que se abren. Cuando el cofrecillo se cierra vuelve a la comunidad de los objetos; ocupa su lugar en el espacio exterior; pero ¡se abre! Entonces, este objeto que se abre es, como diría un filósofo matemático, la primera diferencial del descubrimiento. Corresponde a otro capítulo la dialéctica de lo de dentro y lo de fuera. Pero en el instante en que el cofrecillo se abre, acaba la dialéctica. Lo de fuera queda borrado de una vez y todo es novedad, sorpresa, desconocido. Lo de fuera ya no significa nada. E incluso, suprema paradoja, las dimensiones del volumen ya no tienen sentido porque acaba de abrirse otra dimensión: la dimensión de intimidad.

Para alguien que valúa bien, alguien que se sitúa en la perspectiva de los valores de la intimidad, esta dimensión puede ser infinita.

Una página maravillosa de lucidez va a demostrárnoslo, dándonos un verdadero teorema de topoanálisis de los espacios de intimidad.

Escogemos esta página en la obra de un escritor que analiza las obras literarias en función de las imágenes dominantes. Jean-Pierre Richard nos hace revivir la apertura del cofrecillo encontrado bajo el signo de *El escarabajo de oro* en el cuento de Edgar Allan Poe. Primeramente, las joyas encontradas tienen un valor inestimado. No son joyas "ordinarias". El tesoro no está inventariado por un notario, sino por un poeta. Se carga "de desconocido y de posible, el tesoro se vuelve nuevamente objeto imaginario generador de hipótesis y de sueños, se ahonda y se evade de sí mismo hacia un infinito de otros tesoros". Parece así que en el momento en que el relato llega a su conclusión, una conclusión fría como la de un cuento policiaco, no quiere perder nada de su riqueza onírica. La imaginación no puede decir nunca "no es más que esto". Hay siempre más que esto. Como hemos repetido varias veces, la imagen de la imaginación no está sometida a una comprobación de la realidad.

Y terminando la valuación del contenido por la valuación del continente. Jean-Pierre Richard ofrece esta fórmula densa: "Nunca llegamos al fondo del cofrecillo." ¿Cómo explicar mejor la infinitud de la dimensión íntima?

A veces, un mueble amorosamente labrado tiene perspectivas interiores modificadas sin cesar por el ensueño. Se abre

el mueble y se descubre una morada. Una casa que está oculta en un cofrecillo. Así, en un poema en prosa de Charles Cros se encuentra una de estas maravillas donde el poeta prolonga al chamista. Los bellos objetos realizados por una mano habil son naturalmente "continuados" por el ensueño del poeta. Para Charles Cros, nacen seres imaginarios del "secreto" del mueble de marquetería.

"Para descubrir el misterio del mueble, para penetrar tras las perspectivas de marquetería, para llegar al mundo imaginario a través de los pequeños espacios", ha sido preciso que tuviera la "mirada bien penetrante, el oído bien fino, la atención bien aguzada". En efecto, la imaginación afila todos nuestros sentidos. La aprehensión imaginante prepara nuestros sentidos a la instantaneidad. Y el poeta continúa:

"Pero he entrevisto, por fin, la fiesta clandestina, he oído los minúsculos minúsculos, he sorprendido las complicadas intrigas que se tramitan en el mueble."

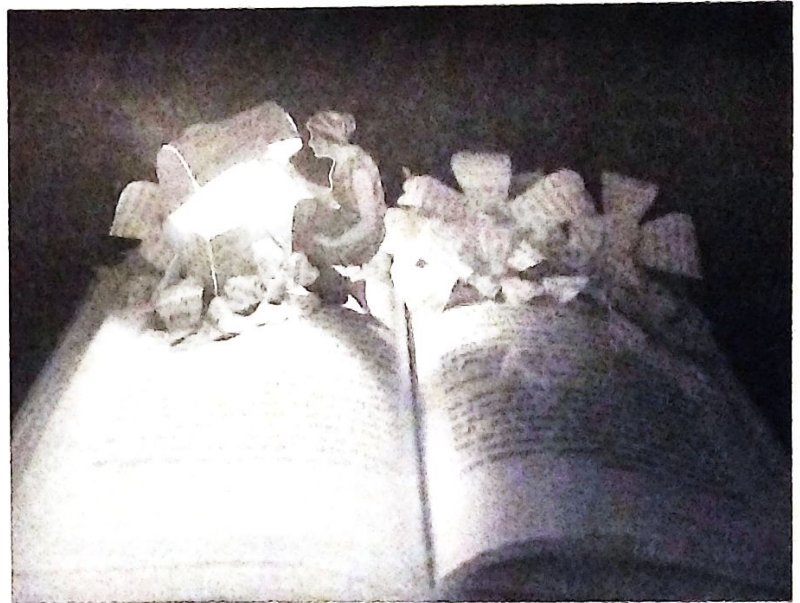
"Se abren los batientes de las puertas, se ve un salón como para insectos, se advierten las baldosas blancas, marmóreas y negras en una perspectiva exagerada."

Si el poeta cierra el cofrecillo suscita una vida nocturna en la intimidad del mueble.

"Cuando el mueble está cerrado, cuando el oído de los importunos está tapado por el sueño o colmado de ruidos exteriores, cuando el pensamiento de los hombres pesa sobre algún objeto positivo. Entonces surgen extrañas escenas en el salón del mueble, algunos personajes insólitos por su aspecto y su tamaño salen de los pequeños espejos."

Esta vez, en la noche del mueble, los reflejos encerrados reproducen objetos. La inversión del interior y el exterior es vivida por el poeta con tal intensidad que repercute en una intervención de objetos y de reflejos.

Y una vez más, después de haber soñado en ese minúsculo salón que enfebrecer un baile de rancios personajes, el poeta abre el mueble: "Las luces y los fuegos se apagan, los invitados, los elegantes, las coquetas y los padres ancianos, desaparecen todos juntos, sin preocuparse de su dignidad, por los espejos, los comedores y las columnatas; los sillones, las mesas y las cortinas se evaporan."



"Y el salón queda vacío, silencioso y limpio". La gente sería puede decir entonces con el poeta, "es un mueble de marquetería y nada más". Haciendo eco a esta opinión sensata, el lector que no quiera jugar con las inversiones de lo grande y lo pequeño, del exterior y de la intimidad, podrá decir a su vez: "Es un poema y nada más."

En realidad el poeta ha traducido a lo concreto un tema psicológico bien general: habrá siempre más cosas en un cofre cerrado que en un cofre abierto. La comprobación es la muerte de las imágenes. Imaginar será siempre más grande que vivir. El trabajo del secreto prosigue sin fin, del ser que oculta al ser que se oculta. El cofrecillo es un calabozo de objetos. Y he aquí que el soñador se encuentra en el calabozo de su secreto. Lo quisiera abrir y quisiera abrirse. ¿No pueden acaso leerse estos versos de Jules Supervielle en los dos sentidos?

Busco en los cofres que me rodean brutalmente / Poniendo tinieblas por arriba y por debajo / En cegras profundas, profundas / Como si ya no fueran de este mundo.

El que entierre un tesoro se entierra con él. El secreto es una tumba y por algo el hombre discreto se jacta de ser una tumba para los secretos que se le confían.

Toda intimidad se esconde. Joe Bousquet

escribe: "Nadie me ve cambiar. Pero ¿quién me ve? Yo soy mi escondite"

No queremos recordar en esta obra el problema de la intimidad de las sustancias. Lo hemos esbozado en otros libros. Por lo menos debíamos señalar la homodromía de los dos soñadores que buscan la intimidad del hombre y la intimidad de la materia. Jung ha ilustrado bien esta correspondencia de los soñadores alquímicos. Dicho de otro modo, hay sólo un lugar para lo superlativo de lo oculto. Lo oculto en el hombre y lo oculto en las cosas corresponde al mismo topoanálisis en cuanto se penetra en esa extraña región de lo superlativo, región apenas estudiada por la psicología. A decir verdad toda positividad hace recaer lo superlativo sobre lo comparativo. Para entrar en el dominio de lo superlativo, hay que dejar lo positivo por lo imaginario.

Hay que escuchar a los poetas.



# Pasaba un tren...

\* Adolfo Costa du Rels

No sé por qué voy a escribir las siguientes líneas. Le prometí sin embargo ser discreto, muy discreto. Mis lectores no encontrarán nada de novedoso; cuando más verán uno que otro rasgo de alma descubierta a la luz indecisa de una noche de estío. Quizá también es tiempo de fijar el recuerdo. Al leer estas páginas. Ella —si es que aún vive— ya no me guardará, por cierto, gran rencor. Se sonreirá con una sonrisa pueril y vana. Por algo los años pasan...

Todos los que han viajado por la costa del Pacífico conocen el hermoso panorama nocturno de Valparaíso. Los cerros estrellados invierten su luminosa imagen en el mar y un rosario de focos azules serpentea a lo largo de la costa. Una bella inteligencia, hoy nublada, llamada a ese circuito claveteado de luces. *Un meeting de candelas.*

La vista es feérica y compensa ampliamente el aspecto gris y sucio de la ciudad al sol, su vida comercial atropellada, sus muelles llenos de voces y de bultos cosmopolitas, su afán de dinero, sus rumores, sus sirenas, sus piteos de locomotoras... La noche, como un hada, adormece todo, apaga el ruido y sobre el lodo de las codicias y de las calles, pone su bálsamo de silencio y de paz. Solo las luces se extenúan hasta el amanecer.

La casualidad hizo que pudiéramos salir a pasear solos una noche.

Sentí que a mi pobre amiga le faltaba un apoyo, un ser que comprendiera sus cuitas, sus dudas, sus deseos. Le hablé con suavidad para no espantarla, pues tenía ella toda la desconfianza de los adoloridos.

El auto nos llevaba tierra adentro, más allá de Viña de Mar, hacia Quilpué, por el camino del Olivar. Ya no escuchaba la voz ronca del océano y las colinas negruzcas, al arquear su lomo en la oscuridad, apagaban, una tras otra, las últimas luces del puerto.

Era una noche de primavera; los jardines nos echaban al paso bocanada de perfumes y cuando otros autos nos tomaban de lejos en el haz de sus reflectores y nos cruzaban veloces, mi nerviosa compañera se ocultaba el rostro, temerosa de ser reconocida. Y luego refa, refa, como ríen los niños después de una travesura.

No hablábamos. Adivinábamos nuestros pensamientos y nos dejábamos adormecer por la sensación reconfortante de ser dos y de hundirnos juntos en la noche y en la soledad. Algún salto brusco del coche nos echaba el uno sobre el otro, para después de ser separados por otro salto igualmente brusco. Así también el destino junta y separa...

Atravesamos Quilpué. Distinguíamos familias tertuliando de sobremesa, individuos fumando plácidamente delante de sus

tazas de café... Creo que no alcanzamos a comprender esa felicidad doméstica y sencilla, esa existencia de pueblo chico sin complicaciones ni zozobras. Y no cabe duda que uno solo de nuestros pensamientos hubiera turbado más a esas buenas gentes que el ruido de nuestro auto desgarrando la quietud nocturna del villorrio.

El *chauffeur* (conductor), oriundo de la comarca, nos había prevenido que comeríamos en un pequeño restaurant apartado y discreto. Ya en las afueras de Quilpué, trepamos una colina. En medio de un bosquecillo de pinos se ocultaba una casita. Por entre las retamas de los árboles filtraban rayos de luz. Era el *Hinberburg Hohe*. Recordé que allí, durante la guerra, había existido una estación inalámbrica, cuyas informaciones parece que no fueron extrañas a las fechorías de ciertos corsarios alemanes. A ese antiguo *rendez-vous* (punto de encuentro) de misteriosos espías acudían dos seres escapados de la prisión social.

Comimos un frugal menú tudesco. Bebimos cerveza. Mi amiga refa como una colegiala en vacaciones. Todo le llamaba la atención: el damero blanco y rojo del mantel, la faz rubicunda del sirviente y ese *teté à té* íntimo con un hombre que no era su amor.

¡Haber sido durante largos años el uno extraño al otro, no haber tenido más familiaridad que la de las miradas, ni más intimidad que la del pensamiento; haberse sentido separados por todo y, de repente, por una casualidad asombrosa, irse juntos Dios sabe

dónde, murmurando mágicas palabras, rozándose, lejos del mundo, en una noche de estío casi nupcial!... ¡Ah, esto bastaba para hacer brotar una alegría loca!

Al sirviente, que la miraba azorado, le preguntó ella a quemarropa: "*Kennst du das Land wo die Citronen blühen?*" (¿conoces esa tierra donde florecen los limoneros?)... El buen boche, que no conocía por cierto a Goethe, no contestó y su boca se alargó hasta las orejas con una sonrisa de idiota.

Bajamos al jardín. Yo iba apartando las ramas para que no la despeinaran. Del fondo de los senderos invisibles y de la oscuridad tejida de follajes enlazados, de arbustos inclinados y de sombra impalpable, subía un vaho cálido y penetrante. Una que otra avecilla despertada por el ruido de nuestros pasos, revoloteaba en la copa espesa de los árboles.

Nos sentamos sobre un banco. Lentamente, como venciendo un arraigado escrúpulo, ella me contó su vida. Algún día referiré todo lo que escuché de sus labios. Sólo diré que hoy esa mujer poseía un alma incomparable, que en ella hervían todas las rebelías y todas las angustias calladas desde niña, siempre disimuladas debajo de una máscara de impasibilidad. En medio del bullicio mundano, nadie había podido sospechar en ella un carácter más sereno, un desconcielo más hondo, una inteligencia más clara. Fue preciso encontrarse con un extraño, en un rincón perdido, debajo de las estrellas, para que el corazón se desbordara...

Me hablaba sin reticencias, saliendo, por vez primera quizá, de una norma de conducta austera y reconcentrada, que la altivez y el sufrimiento habían sellado con su doble pudor.

Por otra parte, las confidencias hechas a un extranjero son de una esencia rara. Ennoblecen tanto al que las escucha como a la que las hace. Aquel se las lleva hacia otras tierras, disecándolas como flores entre las páginas de un libro. No sacará ningún provecho de un instante santificado por la fragilidad moral de una mujer, no volverá quizá nunca y esas confidencias que se le hicieron se perderán en el tiempo, como la voz en la tormenta, sin despertar ningún eco...

Procuré alentarla. Le hablé del cumplimiento del deber como una meta árida, pero forzosa. Quise persuadirla, sin gran convencimiento propio...

—¿Por qué me habla Ud. del cumplimiento del deber —me dijo ella—, cuando he leído una página suya que indica como el fin más noble la resignación al deber?

—Es que deseo para Ud. El cumplimiento consciente que es más moral, más elevado y que sólo conocen las almas grandes...

—La Resignación, amigo mío, es más humana y más accesible. Una mujer que carga el pesado fardo de su sexo, de sus nervios y de sus lágrimas no puede elevarse mucho, créamelo. ¡Ah, el deber!...





Su voz se destempló. El silencio pareció vibrar de mil cosas que callábamos. El alma de esa mujer, capaz de todas las noblezas y de todas las locuras, se estremecía ante el precipicio de su provenir. Sus ojos tuvieron una mirada dura. Entonces comprendí el pesar de su vida encarrilada, delineada, sin ilusión, sin amor, con responsabilidades contraindadas, con deberes aceptados, sin lugar a reclamo, irreparablemente, hasta la muerte. Comprendía también su desesperación de envejecer luego, sin haber amado y sin haber vivido, con encantos inútiles, en una ciudad tranquila, conociendo de antemano las calles por donde pasan los carros fúnebres camino del cementerio. Un frenesí nervioso, una dolorosa congoja nos embargaba. Sentíamos que los minutos de esa hora única, talaz espejismo de la liberación soñada, iban cayendo en el pasado como chispa convertidas en ceniza...

Un lejano rumor vino a perturbar el silencio del jardín. El expreso de Santiago pasaba a lo largo de las colinas circunvecinas. Sembraba un gran gusano negro tachonado de rojo. Las ventanillas de los vagones dibujaban sus cuadrados luminosos y simétricos...

El ruido se apagó poco a poco, y el tren desapareció como una fugitiva visión de la vida.

—Cuántas dichas y cuántas desgracias

van rodando así en la noche, ínfimas, anónimas —murmuré yo.

Ella estaba de pie junto a mí. Las flores blancas de su falda parecieron estreñecerse al soplo de una ligera brisa. Su silueta se irguió más esbelta que de costumbre. Y gravemente me contestó: "Las mujeres nos parecemos a ese tren que acaba de pasar lleno de luces. También pasamos nosotras. Sólo dejamos advertir la llama de nuestras pupilas y nos alejamos muy de prisa para que nadie, nadie sepa si esa llama alumbró una dicha o un dolor... Usted es el único hombre que sabe por qué arden mis ojos. Es ya tarde. Vámonos. No me tenga lástima; seré valiente. Y con una sonrisa triste añadió: *jusqu'au bout* (hasta el fin).

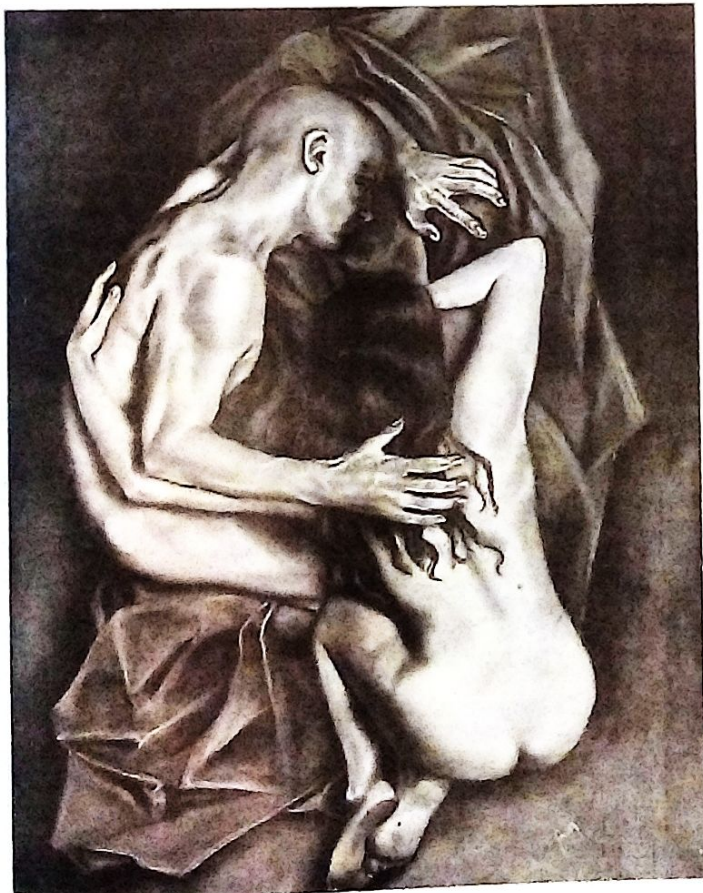
El sirviente, obsequioso, cerró la portezuela del coche con un *Guten Nacht* breve.

Muy luego el *Hindenburg Höhe* se perdió en medio de los pinos. Regresamos hacia las ciudades donde los hombres ganan dinero.

No nos volvimos a ver.

Y desde entonces una melancolía muy honda me invade al escuchar los trenes que pasan, de noche, cargados de luces...

**\* Adolfo Costa du Rels.**  
**Chuquisaca, 1891-1980**  
**Escritor, dramaturgo**  
**y diplomático.**



## Programa de vida a partir de los 70 años

\* Manuel Moledo



En primer lugar, amar la soledad y hacerla fecunda. Ni la menor pretensión de retener a los demás a mi lado. Gozar viendo que uno no es un freno para sus vidas. La soledad de los postreros años o quizás días, puede ser fecunda... Son tantas las riquezas que a lo largo de los años vividos se pueden reunir, que es lo justo y lo bueno hacerlas rendir todo lo que puedan dar de sí y hacerlo en silencio y en la paz... Hay tanto también que purificar y rectificar... ¡Tarea maravillosa!

Y, ¿por qué no? Goethe acabó su segundo *"Fausto"* a los 83 años; Verdi compuso el *"Te Deum"* a los 85; Tiziano pintó la batalla de Lepanto a los 95. Pero no es esto lo que importa, es privilegio de hombres insignes y yo no soy uno de ellos. Hay algo mucho más importante y trascendental: la difícil dignidad que se dimana de las obras, sino del ser. Esta es la que tengo que cuidar y cultivar en la vida que me resta vivir. Cultivaré con ahínco lo que en mí —poco, creo—, pueda ser sabiduría, que no es tanto ciencia y brillo, sino profundidad y buen sentido, que es incluso reconocimiento documentado de la propia ignorancia, que es también olvido sabio de derechos y consideraciones.

Cultivaré la capacidad de formular un juicio más exacto —cuando es oportuno— sin precipitaciones presuntuosas, con desapasionamiento...

Cultivaré la convicción de que más vale perdonar que tener razón...

Cultivaré la paciencia, la fidelidad, la aceptación, la comprensión...

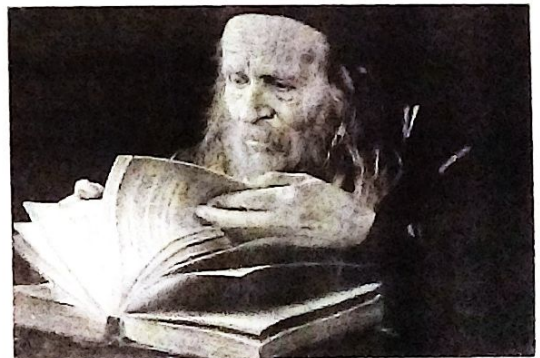
Cultivaré la serenidad que no es indiferencia, la benignidad que no es falta de coraje, cierta oposición que no sea sistemática sino razonada, que no se inspira en el resentimiento sino en la experiencia vivida y no proclamada: que no se formule con mordacidad, sino con humor, que no sea hostilidad sino una forma, tal vez penosa, pero muy útil de cooperación.

Viviré de tal forma que mi vejez no sea vejez, sino vida renovada durante más tiempo, una sucesión de "juventudes sucesivas" como decía Lacordaire.

Que me importe poco que el cuerpo envejezca, mientras mi espíritu, inteligencia, mi capacidad de amar se renueve.

¡Dios me ayude!

**\* Monseñor Manuel Moledo.**  
**Argentino.**





A

## nahí Maya Garvizu

Anahí Maya Garvizu, Poeta nacida en Chuquisaca, 7 de julio de 1992. Ha publicado parte de su trabajo en la antología poética *F/22* (Ubre Amarga Ediciones, 2011), en la revista *Matéria* (Costa Rica 2011), *Santiago en Paz*, encuentro de poesía Bolivia-Chile 2012 y en *Tea Party II: Muestra dinámica de poesía latinoamericana* (Editorial Cinosargo, 2013). Actualmente su primer poemario está en proceso de publicación.



### Frontera

Quizá eran las seis de la tarde cuando la noche  
caía sobre el andén  
sin embargo aún podían verse  
a los muros resquebrajándose  
como si no soportaran el calor que les había dado el día,  
una madre que a pesar del ardor en sus mejillas  
sostenía con un brazo a su hijo  
y espantaba con el otro a las abejas  
sobre los vasos de refresco,  
camiones partiendo repletos de madera,  
personas canjeando monedas,  
personas esperando abordar,  
en la maleta una fotografía,  
los que se van siempre están un poco tristes,  
un poco en el pasado.  
(Nunca me había encontrado tan lejos de casa  
pero tan cerca de otro lugar)  
*Verlo todo en el recuerdo de este cuadro  
que cuelga sin marco  
con tan solo las primeras pinceladas  
de un cuerpo, de una casa, de un país  
que nunca pudo ser.*

### Donatella a media mañana

En medio del altiplano  
hay una pequeña aldea rodeada de álamos.  
Ahí, en los mejores, aunque duros años,  
Donatella recogía el agua del río en cántaros de arcilla  
y lanzaba un puñado de grano a las gallinas  
cada mañana.  
Donatella tuvo seis hijos. Dos murieron.  
Nunca volvió a casarse.

La última vez que la vi / no logró reconocirme.  
De la casa de adobe que habitaba,  
rescatamos candelabros de bronce  
y algunas herramientas oxidadas.  
Las cucharas y vasos fueron usados hasta el último día,  
de ella aprendimos que uno debía *agradecer lo gastado*,  
que debía evitarse herir con la ingratitud.

En la aldea de álamos y homeros  
hoy es una sola vertiente / donde se recoge el agua.  
Los cambios son notables o no,  
según el ángulo del cual se mire un viejo hogar.  
Una mañana un mechón de sus trenzas blancas  
escapó con la brisa. Mi abuela también.

### Los ecos de la supervivencia

No importa cuán estricta sea una reconstrucción,  
pasados los años recordar conlleva una pérdida.  
Mi madre me tomaba la mano  
y se sumergía entre la multitud  
buscando una porción de pescado  
a través de secciones cada vez más naturales,  
un mercado donde no hay edición de gestos  
ni de sagacidad de supervivencia.  
La vendedora escogía las caras de las monedas  
pegadas a un imán en su bolsillo  
y entregaba el cambio en sincronía  
a las manos extendidas.  
Al recorrer esas calles  
con suerte, podía verse de vez en cuando  
un ekeko que al pasar por las patas apiladas  
de los cerdos  
hacia una mueca y luego volvía a sonreír.  
Ahí las grietas eran más reales,  
distraerse con un gato llevando un ratón en la boca  
bastó para tropezar dejando caer los huevos  
que tres perros lamieron rápidamente.  
De noche la lluvia y el mismo ekeko  
escondiéndose bajo el techo de la iglesia.  
*Cada uno se limita a sobrevivir  
en el suelo que pisa a medida que avanza.*  
Nuevamente los perros  
caminando sobre los restos de las escamas,  
*lo demás de la existencia fue secado por el sol.*

### Contra ruta

No tuve miedo en dejar  
solo una huella accidental en el cemento.

Escapar de las conglomeraciones  
de las nuas estresadas en los micros,  
con todos los ángulos apuntando lejos de casa.

Escapar,  
sin saber que hasta el desierto mueve sus rutas  
y que entre paso y paso,  
cubierto por el polvo indiferente del verano,  
terminaría como un perro  
que duerme a la sombra de otro.

### Paisaje

Aunque los viajes caigan  
al modo de una moneda  
en la lata de un ciego  
que espera en un pasillo,  
toda partida sirve  
para desplazarse con la brisa austral  
escuchando en los Andes un canto  
que bien podría ser tibetano.  
*¿De dónde esa música?*  
*¿De dónde*  
la impaciencia de evadir lo lineal,  
de comprobar cómo se siente  
la primavera en el polo y  
el invierno en el Sahara?  
Afirmación evidente.  
En plena juventud  
urge envejecer  
y a pesar de ello  
conservar la capacidad de abstracción  
que poseen los niños.  
En la terminal,  
nómadas del siglo XXI van y regresan,  
con excepción de algunos  
que una vez embarcados  
tu mirada de plano fijo no logra seguir.  
No volverán más.  
No esperabas ver tantos cuerpos,  
también en busca de una posibilidad.  
Quizá en el fondo  
solo querías contarle a alguien  
sobre los campos de dientes de león,  
describir la quietud de las estatuas  
cuando las sombras de los turistas  
se desplazan y alargan sin parar,  
del reloj de sol, del reloj de arena,  
de la misma sensación inexplicable  
al escuchar a Erik Satie  
de fondo en el Fuego Fatuo  
sin importar el lugar.  
Lolita, te dicen,  
borra los caminos desprolijos  
que trazas con desesperación.



## El avispon

Un loco goza de fama tardía en todo el mundo... salvo en Alemania. Una visita al director de cine Werner Herzog en Hollywood Hills

Jörg Häntzschel

Primera de dos partes

Los Ángeles, Werner Herzog quiere explicarme previamente por teléfono cómo se llega desde el Sunset Boulevard hasta su casa en Hollywood Hills. Después, antes de ponerse en marcha, hay que respirar hondo. Por su descripción se puede pensar que se trata de una misión delicada: "Tiene que adentrarse profundamente en el cañón por la carretera en serpentina. Luego busque la Lookout Mountain. ¡En la bifurcación todo el mundo se pierde! ¡No hay cobertura para el móvil!".

Herzog sale de su hermosa villa para abrir la puerta blanca del jardín y empieza a hablar en seguida del torrente en que se convirtió hace poco la calle debido a una incesante lluvia. En el salón continúa hablando: "Mire, éste es nuestro gato. Mi mujer lo ha rescatado recientemente. Un coyote lo quería matar. A veces doce coyotes se sientan en el tejado y nos observan." Señala la ventana de cristal en el techo, sobre la que se están secando ahora unas hojas mojadas bajo el sol californiano.

Aquí, en las empinadas pendientes que rodean el Laurel Canyon, vivían hace tiempo conocidos ciudadanos contestatarios como Neil Young o Fran Zappa. Hoy este lugar atrae a gente como George Clooney, haviendo de Beverly Hills. Werner Herzog creció en la región bávara de Chiemgau, y el Laurel Canyon le gusta por su encanto alpino. Hay que decir que Herzog vive en realidad como nos gustaría vivir a nosotros cuando nos acerquemos a los setenta: una bella casa, piscina en el jardín, unos cuantos DVD escogidos en la estantería, sobre la mesilla del sofá un volumen bilingüe de la *Biblioteca de la Historia de Diodoro Sículo*, del siglo I antes de Cristo: "Para refrescar mi griego antiguo". Trae zumo de naranja de la cocina.

Todo transmite una sensación de armonía californiana, como si Herzog estuviera aquí de vacaciones. Pero tan pronto como comienza a hablar, con su acento con ecos de la Alta Baviera, todo se vuelve lucha, conflicto, guerra. En primera línea de combate de esta guerra está naturalmente él.

¿Y qué tipo de soldado es él? "Un buen soldado del cine".

Rainer Werner Fassbinder, todavía hoy idolatrado en Hollywood, hace tiempo que murió. Wim Wender vive sólo de su antigua fama. Werner Herzog forma parte de esa generación de anarquistas y hoy es el director de cine alemán más importante en el extranjero. Tres mil personas acudieron en 2009 al Royal Festival Hall londinense para verlo sobre el escenario. Cuando la revista *Time* publicó en diciembre de ese mismo año su lista con las cien personas más importantes del mundo, sólo aparecían en ella dos alemanes: Werner Herzog y la canciller federal Angela Merkel.

En Alemania, donde no vive ya desde hace dieciséis años, todo esto apenas interesa. Después de *Fitzcarraldo* y *Cobra Verde*, desapareció prácticamente de la conciencia pública. En 1992, cuando presentó su película sobre Kuwait *Lecciones en la oscuridad*, hizo una de sus últimas grandes apariciones en público. Se le acusó de estetizar la Guerra del Golfo, algo que, vista la película ahora, apenas se puede entender. El público lo echó del escenario con sus abuchos. En la calle escupían a su paso. Herzog dice: "Una experiencia de la que no me arrepiento".

Los Ángeles: ¿No es éste el último lugar en el que se lo hubiera imaginado? "Fue volver a empezar radicalmente. Y me ha venido muy bien. Nueva gente, nuevos temas. Los ángeles es la ciudad con más sustancia de Estados Unidos. Todo lo que ha movido al mundo en el último medio siglo ha tenido su comienzo en California. El movimiento de los derechos del ciudadano, el movimiento homosexual, la computadora y los sueños que ha producido Hollywood. También, por supuesto, las estupideces: pseudofilosofía, new age. Vivir en un ambiente así es estimulante."

A los catorce años Herzog extrajo de una enciclopedia todo lo que necesitaba saber para hacer películas. A los diecinueve, con una cámara que había robado en la Escuela Superior de Cine y Televisión de Múnich y con el dinero que ganaba como soldador, empezó a rodar.

Con *Signos de vida*, su primera película,

ganó el Oso de Oro a los veinticinco años. La fama mundial le llegó con *Aguirre, la cólera de Dios*, la primera de las cinco películas con el gigante de la interpretación y "nú íntimo enemigo" Klaus Kinski. Pero la película que mejor define a Herzog es *Fitzcarraldo* (1982), la espectacular epopeya sobre el aventurero y fanático de la ópera Brian Sweeney Fitzgerald, que pasa una montaña en la selva arrastrando un barco. "Mis tareas y las del personaje se han vuelto idénticas", escribe Herzog en su diario *La conquista de lo inútil*. Pero la cosa no acaba ahí: para la percepción pública, él mismo se fundó finalmente con su héroe megalómano.

Como *Fitzcarraldo*, Herzog se abre paso sin parar: dos accidentes de avión, la guerra en la frontera de Perú y Ecuador, donde hizo construir un gran campamento para la gente de su equipo y los extras, más tarde la leyenda de que Herzog había dirigido a Kinski arma en mano, siempre sin parar, adelante, adelante. El rumor de que Claudia Cardinale había sido atropellada por un camión cuando se dirigía al lugar del rodaje se propagaba como el pánico. Werner Herzog lo atajó, tal y como corresponde a un artista de la exageración, exclamando ante su equipo de rodaje que Claudia Cardinale no sólo había sido atropellada sino además violada después por el conductor del camión.

Toda esta locura verdadera e inventada en torno a *Fitzcarraldo* recuerda de manera fatal lo que vivió Herzog con tantas otras películas. Con *Signos de vida* se vio envuelto en

las turbulencias del golpe militar griego. Cuando rodó *Fata Morgana* en Camerún, metieron al equipo en prisión, y Herzog enfermó de malaria. El incidente más grotesco ocurrió en 2006: mientras le concedía una entrevista a la BBC cerca de su casa aquí en Laurel Canyon, un loco le disparó en la barriga con una escopeta de aire comprimido. Herzog hizo un gesto quitándole importancia, afirmó lapidario: "No ha sido un proyectil digno de tomarse en cuenta", y prosiguió con la entrevista. Pero poco más tarde desabrochó los pantalones ante la cámara y sus calzoncillos estaban empapados en sangre.

Ahora Herzog se yergue en el sofá y la charla adquiere un tono tragicómico: "¡Pero si yo hago todo lo posible para evitar las catástrofes! ¡Nunca he puesto en peligro la vida de nadie!" Y después, bajando un poco el tono: "A lo sumo una vez. En 1976, cuando rodé en el volcán La Soufrière, en Guadalupe, aunque sabía que entraría en erupción en cualquier momento. Pero no subí por la montaña sino por el hombre que no quería ser evacuado: ¿Qué clase de hombre es? ¿Qué relación tiene con la muerte?"

Continuará



## BARAJA DE TINTA

### Dos cartas del General Eliodoro Camacho a su esposa

Tacna, diciembre 25 de 1879

Amada hija:

Hacen ya algunos correos que no tengo carta tuya, por lo cual no te culpo pues estoy cierto que andan extraviadas las amorosas que me has dirigido desde tu palacio encantado.

El General Daza ha resuelto regresar a Bolivia con su ejército de línea a castigar a sus enemigos que le hacen revolución. Los de la guardia nacional nos hallamos en los mayores conflictos sin saber cómo evitarle a la patria ese flagelo que acabaría por victimarla después de tantas plagas que han pesado sobre ella. Que Dios nos inspire lo mejor que convenga a los intereses de Bolivia y el honor de su ejército.

El General Piérola ha asumido la presidencia del Perú desde el 22 de éste. Me escribe muy satisfactoriamente debrando con la confederación grandemente. Si perdiéramos esta oportunidad, pasaría para Bolivia, quizá para siempre, la única ocasión en que puede ser grande y feliz.

Esta proporción puede romper Daza, llevándose su ejército a La Paz.

Tu compadre G. Flor te manda muchos recuerdos lo mismo que su señora. Está aquel de triunfo porque es el único del ejército boliviano que ha concurrido a la batalla de Tarapacá donde su batallón se ha portado con denuedo.

Te abraza tu  
Eliodoro

Tacna, marzo 7 de 1880

Amada hijita mía

Mucho placer me ha causado tus cartas de 15 y 20 del mes pasado que me han llegado en este correo.

Si la primera es lisonjera por la agradable impresión que te causó mi Manifiesto, la otra me ha llenado de satisfacción por la elevación de tus apreciaciones y la corrección del lenguaje. Así deberías escribirme siempre y hasta el compadre que la ha leído se ha quedado maravillado de tu talento e instrucción, sin echar de menos la "fluidez".

Háblame frecuentemente el lenguaje de aquéllas. Ya en el día, la mujer tiene algo más que zurcir medias; tiene que pensar en

su patria y enseñar a sus hijos a adorarla. Nada importa que el caduco atraso de nuestros abuelos que se perpetúa entre gente que se llama joven, se ocupe en censurar con acritud ese movimiento de adelanto en la sociedades, hay que compadecer a esos infelices, despreciarlos y pasar adelante.

En comprobante de lo que te digo, te mando esa carta que no tiene por qué inspirarte celos (pues no van otras que te pondrían colorada) y verás qué lindo es que una mujer se levante sobre las trapisondas de la ropa y menestras de la despensa para ocuparse de la cosa pública, recordando que es un ser tan racional y tan completo como el hombre mismo.

Eliodoro



**Eliodoro Camacho**, nacido en La Paz (1831-1899). Militar de profesión, fue herido en la batalla del Alto de la Alianza, y prisionero en Chile hasta 1882. Fundó el partido Liberal y fue candidato a la presidencia frente a los conservadores, en 1884, 1888 y 1892 sin llegar a alcanzar el poder. Durante la Guerra del Pacífico ostentó el grado de coronel y se desempeñó como oficial del Estado Mayor. Formó parte de las tropas del presidente Hilarión Daza con quien marchó a Tacna para unirse al ejército peruano cumpliendo el tratado de alianza defensiva entre ambos países. Estas cartas forman parte del Archivo del Arquitecto Juan Carlos Calderón, que perteneció al historiador José María Camacho. Fuente: "Cartas para comprender la historia de Bolivia" de Mariano Baptista Gilmucio. Auspicio: Fundación Cultural ZOFRU.